UN TEMA DE INTERES UNVERSAL, por *Juan A. Liaño Huidobro.*

Se escogen, como encabezamiento, esas palabras que escribiera don Ramón Menéndez Pidal al comentar este libro (1) de Sintes, cuya recensión presentamos, por contener a la sazón, dentro de su clara sencillez, todo el valor definitivo de un título.

Efectivamente, esta obra que nace como una necesidad—el propio autor nos lo explica—, consecuencia a su vez del I Congreso Iberoamericano de Educación, en cuyos programas y sesiones de trabajo quedó intocada la proyección de sus problemas, generales y abstractos, al campo de la formación militar, no es, en ningún caso, un trabajo del carácter local. Por el contrario, todo su clima es ancho, con una amplitud sin compartimentaciones—que no presta atención a capillitas de múltiples cultos, ni a los cauces hechos para dirigir corrientes suaves y amaneradas a través de parques consagrados—, por buscar solamente, en una sostenida constante de universalidad, el ser comprendido de todos para luego servir a todos.

«Más que un *formulario*—dice Sintes—hemos querido exponer un panorama», y eso es lo que espléndidamente ofrece luego para su contemplación y meditación desde los tres vértices que componen el título de su obra: «Espíritu, Técnica y Formación Militar», «A las gentes generosas e inquietas de uno y otro lado del Atlántico.»

Libro de tesis por excelencia—el hombre elevado a la categoría de persona—, contiene en principio un amplio tratado sobre el espíritu, que si bien califican adjetivos para distinguir capítulos: Espíritu militar, Espíritu guerrero, Espíritu industrial, Espíritu de servicio..., luego flota y pervive en su más fina concepción sobre la totalidad de sus páginas. Porque, como precisa Joaquín Ruiz Jiménez, en el prólogo que para él escribiera desde Roma, «el pensamiento central que lo inspira es la ordenación de la técnica al supremo destino de la vida». Veamos a grandes rasgos su contenido.

Apartándose de los atajos conocidos—aunque sin olvidarlos—, extiende Sintes su idea: «La necesidad creciente en la vida militar de una técnica cada vez más complicada, está a punto de dejarnos inmersos en un mar de confusiones, en el que la visión inmediata de numerosas cuestiones de detalle puede hacernos caer en el peligro de perder el necesario conocimiento de lo que es en sí, en su más pura e íntima esencia, la profesión militar.»

Y tras este párrafo comienza a definir, demenuzar o enfrentar teorías, a plantear problemas sin dejar para mañana la solución, en directa ida hacia su fin concreto: «fórmula de equilibrio racional, encarnada y tipificada en una realización humana eficaz, entre ese Espíritu que fluye desde el pasado, informando fundamentalmente las realizaciones del hombre, y esa Técnica que en cada momento de la vida determina el juego de posibilidades materiales con que pueden ser aquéllas revestidas formalmente». Con numerosas citas a las más destacadas personalidades del pensamiento—nos dice—va confron-

(1) Francisco Sintes Obrador: *Espíritu, técnica y formación militar.* Prólogo, Joaquín Ruiz-Jiménez. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1951. 297 páginas + IV láminas fuera de texto.

tando y vigorizando sus propias ideas y conclusiones, para apoyarse en el testimonio de su autoridad indiscutible.

Son varios los capítulos que recogen las distintas manifestaciones de lo espiritual relacionado con el profesionalismo militar. En sus páginas, de interés progresivamente creciente, se analizan teorías tales como las de Ortega y Ganivet sobre *el espíritu guerrero y el espíritu industrial*—cuyos resultados no pueden tomarse como definitivos—, se desmenuzan concepciones clásicas—compañerismo, espíritu de servicio—, para terminar el tratado con un análisis original, pese a lo reiterado, sobre las alteraciones que en el concepto bélico infringiera el descubrimiento de la pólvora, dando fin «a la era del guerrero y entrada a la del militar».

Esta nueva forma, cuya consecuencia a través del tiempo fué el nacimiento de una auténtica idolatría por la técnica salvadora, traducida hoy en la más desenfrenada carrera de armamentos que vieran los siglos entre los dos países cabezas de las futuras coaliciones en lucha, hacen discurrir a Sintes—de quien son, casi al pie de la letra, las palabras anteriores—sobre el retorno a las esencias clásicas militares. «El hecho de que tengamos que hablar de coaliciones indica sólo que los elementos materiales y humanos, incinerados en la gran hoguera de la guerra futura, lo serán en cantidades muy superiores a cuanto se ha conocido hasta hoy, lo mismo que sus consecuencias para el futuro del mundo; pero no varían el problema en la intimidad solitaria del combatiente. Si ésta quiere salir vencedora de la terrible prueba a que será sometida, necesita fortificarse en las especiales virtudes, cuya posesión habitual constituye el espíritu militar.»

Así pasa el autor a ocuparse de las cuatro virtudes cardinales, cuya excelsa aceptación es imprescindible para aquellos a quienes su vocación les hizo aceptar la responsabilidad de dirigir hombres en el combate. «El objeto de estas líneas—detalla al comentar el nuevo capítulo—está concentrado a describir cuál sea o pueda ser hoy el objeto de la formación militar, y para ello creemos necesario fijarnos algo en esas virtudes específicas militares que son su permanente soporte.»

Una a una van siendo presentadas. Estudia en la Prudencia la virtud del mando, la serenidad, la disciplina intelectual, la personalidad y el carácter, la prudencia en la paz, etc., etc.; en la Justicia—«que debe estar presente en todo trato del hombre con el hombre, y, por tanto, es esencial en las relaciones de dependencia y poder, en las de mando y obediencia»—analiza ésta como virtud social; luego, el individuo en sí y en la comunidad, el apoyo supremo de la autoridad, la abnegación, la fidelidad—«lealtad española»—, la disciplina—«admitida por todos como base fundamental de la vida militar»—, y cuya exposición da origen a unas interesantísimas digresiones; el prusianismo y, por fin, «los labradores, sin los cuales no hubiera capitanes», «hombres—como dijera José Corts—que saben responder siempre en el tono en que les hablan desde arriba, prestos a levantar su voz y su sangre cuando les aprieta la conciencia».

Sigue en turno la Fortaleza, y es el honor, directamente ligado a ella, quien consume las más sabrosas páginas de este capítulo: «En su aspecto más íntimo y personal, «el honor es un sentimiento radicalmente cristiano»: es el «patrimonio del alma», cuando el alma se reconoce inmortal.» Esta es la fisonomía *individual*, que luego amplía con el concepto *social* del mismo.

Siguen el honor de cuerpo, los tribunales de honor, la honra y la gloria, la muerte y el destino, la prontitud y el desvelo, pasando ante el lector, a quien, desde estas columnas, ofrece Sintes una serie de perspectivas preñadas de nuevas inquietudes.

Por fin llega la Templanza, «tan vinculada con la Fortaleza que sin ella degenera ésta en mero impulso de instintiva animalidad», y con un papel fundamental en la formación del carácter del héroe. Su capítulo es breve, y va desde unas consideraciones sobre «la decisión de asir el valor superior frente a la seducción del inferior», hasta el deporte, «mezcla—según Palacios Rubios—de dominio físico, competencia y juego, sin despreciar su importancia como disciplina de la energía personal».

Y como todo en este libro se halla íntimamente ligado, del Espíritu salta su autor a la Técnica, intercalando un paso de paradigmática misión, acogido acertadamente bajo el título *El ejemplo militar hispánico*. Cediendo intencionadamente a la Historia, su exposición da origen a un desfile de héroes y episodios—Viriato, Trajano, el Imperio visigótico, los moros, el Cid, la Reconquista—, que culmina con la presentación del hidalgo: «Cuando la cultura española llega a su momento de mayor florecimiento, expresándose en formas, instituciones, sistemas y hábitos, de los que todavía el mundo moderno puede extraer ejemplares enseñanzas..., se produce un tipo humano —el hidalgo—, fruto quintaesenciado de las mejores virtudes hispanas». Su llegada es utilizada por Sintes para hablar del ritualismo, de la forma ante la fórmula, de los caudillos, pueblo, masa y minoría; de lo que es mandar y de lo que es obedecer; de la Infantería española y nuestro auge en el arte militar, para acabar revistando los tipos consagrados de selección humana: *gentilhombre, cortigiano, junkers, samuray, gentleman, hidalgo*. Al hacerlo elimina, «por ser más el producto de una clase o de una casta que de un pueblo», a los cuatro primeros, y ofrece para su contraste al *gentleman* y al *hidalgo*, «cuya universalidad tiene su asiento en dos grandes creaciones imperiales». Luego, *el parecer* del primero, «fruto de la moral del éxito, caracterizado por su porte externo, sus maneras correctas», y *el ser* de nuestro hidalgo, «hombre fundamental, que no queda justificado por la apariencia o el éxito de la obra realizada o de la acción emprendida, sino por la auténtica dirección internacional que la informaba», especificará los sitios respectivos.

Pero aun entre estos capítulos VII y VIII, que podemos considerar como de transición, el hidalgo llenará nuevas páginas; esta vez para analizar su ejemplaridad histórica y proyectar su personalidad hacia América, en cuyas infinitas áreas pervive bajo los nombres de *gaucho, llanero, guaso, charro* o *guajiro*, simples reencarnaciones de un tipo excelso, cuyas mejores virtudes no pudo torcer, sino amoldar, a través del tiempo y del espacio, el determinismo geográfico ni la voluntad de otros hombres.

Pueden considerarse, si presentamos gráficamente la ecuación de este libro, como punto más alto de su curva esas páginas que acabamos de citar. Y no porque a partir de ellas decaiga el interés; pero sí al ser precisamente ahí donde, juntándose la técnica y la formación, desciende en soluciones hasta llegar al novísimo concepto de la necesidad, hoy inexcusable, de dar al oficial una preparación política derivada del totalitarismo que impone la guerra moderna.

Los cuatro títulos siguientes acaparan ese descenso—Formación Técnica,

Formación Cultural, Formación Social y Formación Política—que llenan las últimas 95 páginas de esta obra, cuyo contenido total asciende a 297. De ellos, el dedicado a la evolución del tecnicismo bélico discurre desde la invención de la pólvora y la imprenta hasta la bomba atómica, desde la progresiva inclinación económica de la guerra hasta la lucha sin tregua entablada en los laboratorios: «La importancia del elemento técnico material en la decisión de la lucha—leemos—ha hecho aplicar a la investigación bélica todos los elementos de la ciencia, y con la búsqueda y obtención de nuevas y fundamentales fuentes de energía bélica—vapor, petróleo, energía atómica—se ha acabado por convertir la guerra en una ciega, sorda e interminable lucha de laboratorios»; desde el auge y reciente crisis del *ciclo napoleónico* hasta el masismo de la guerra moderna, prestando señalada atención a conceptos tales como «Nación en armas», «Estado guerrero», «era atómica», valor explosivo, valor locomotor y velocidad, que «han hecho desaparecer el aspecto proletario de la guerra actual».

Al hablar de la Formación Cultural se plantea Sintes el problema de la obligada especialización exigida por la guerra en nuestros días: «Ya no se concibe—dice—el oficial único, apto para todo, que no servirá para nada. Los Cuerpos generales se desintegran funcionalmente en los Cuerpos especiales, y de ahí se deriva una exigencia de la mayor importancia, cual es la de hacer compatible esa desintegración técnica en especialidades con la plena y total integración en una moral única, corporativa, nacional, plenamente adecuada a la cultura y a la época del país en que se vive.» Y al analizar esa integridad moral necesaria se para ante «la integridad hispánica, arsenal del espíritu»:

«Dentro de Occidente, la Hispanidad representa el mayor depósito de espiritualidad, y en un mundo que está en crisis por falta de espíritu, por haberse roto el prudente equilibrio entre espíritu y técnica, sería una locura realizar cualquier acto que desnivelase todavía más el equilibrio. Si los Estados Unidos de Norteamérica han sido ante la contienda pasada el «arsenal de las democracias», y habrán de serlo, en el futuro, de Occidente, la Hispanidad ha de cumplir su papel de arsenal del Espíritu.

Liga estos conceptos a los esfuerzos actuales por la unificación de armamentos, equipos y métodos de instrucción, considerando que dentro de ellos «son indudables los beneficiosos resultados que pueden conseguirse, siempre que pueda ser realizada en forma que no deje a los países menos evolucionados industrialmente a merced del que lo esté más». Termina con la formación del oficial hispánico, al que, «junto a una preparación técnica de primera calidad..., debe darse una peculiar capacidad de adecuación a las condiciones especiales de su país, obtenida por estudio directo y por contraste con los otros países hispánicos, y, sobre todo, una gran profundidad de conocimiento de los elementos capitales de su cultura, que le permitan saber en todo momento la causa a que sirve y haga más eficaz y abnegado el holocausto de la vida por su Patria».

El siguiente párrafo: «El oficial hispánico no tiene derecho al descanso hasta que por su esfuerzo abnegado, oscuro y casi anónimo de cada día vea conseguido en su tropa el ideal de perfección a que aspira para los ciudadanos de su país», condensa toda la importancia de una adecuada Formación Social. Dado que raro es el país que hoy no tenga establecido el servicio militar obligatorio, «todos, obreros manuales e intelectuales, letrados e igno-

rantes, propietarios y jornaleros, son, durante un período en su vida, materia en la que dejan su huella un teniente, un capitán, un coronel... Vista la luz de esta exigencia, la carrera militar cobra posibilidades de acción inacabables, y no sólo en los momentos definitivos, pero ocasionales, de tiempo de guerra, sino en las largas jornadas diarias, de tiempos de paz, que adquieren un interés tal que hace imposible la aparición en ellas de lo que Oete Blatto llama el *sadismo de la mediocridad*».

Y terminamos con el último capítulo, que corresponde, como dijimos antes, a la Formación Política. Hacen de pórtico en él unas interesantísimas digresiones sobre la evolución y crisis—a partir de la segunda parte en la guerra del 14 al 18—del llamado *ciclo napoleónico* y de los últimos vestigios —conservados aún en Clausewitz—de la concepción bélica medieval, que «consideraba a la guerra como una especie de «juicio de Dios», de proporciones grandiosas». Los Tribunales de Nuremberg cierran toda una era.

Prosigue con el análisis de los elementos que han contribuído a esos cambios. «El acrecentamiento incesante del poder destructivo de las armas y de las cantidades de combatientes exigidas van haciendo que el precio en sangre exigido para el pago de la victoria sea cada vez mayor... Se pide a la ciencia estratégica, a la táctica o a la técnica de materiales, que aporten todos sus conocimientos para tratar de reducir la gran siega de vidas humanas; para inmolar más máquinas a cambio de inmolar menos hombres.» «Así entran en el acto bélico unos elementos cuya valoración antes no le afectaban, o al menos no le afectaban directamente. Se habla de un precio y se trata de que el precio sea bajo; elementos de valorización mercantil muy humanos, sin duda alguna, pero que rompen los conceptos heroicos tradicionales.» La guerra económica, el arma del bloqueo, la aparición de los aviones, son otros tantos factores que conducen a justificar esa preparación política claramente esbozada en aquellas palabras de Lenin sobre *la estrategia de aproximación indirecta:* «La estrategia más sana en la guerra—dice—consiste en aplazar las operaciones hasta que la desintegración moral del enemigo haga posible y fácil dirigirle un golpe mortal.»

Cuesta pasar por alto las páginas que Sintes dedica a comentar tales factores, pero el alargamiento, ya excesivo, de esta recensión me obligan a ello. En ellas quedan los métodos de aproximación indirecta «capitalista» y «socialista», los que empleara Hitler, toda la «mística» revolucionaria y las posibilidades actuales de la guerra secreta como «arma», para concluir en la repetida necesidad de preparar políticamente al oficial. «Es necesario que la colectividad militar se mueva en un clima intelectual donde estén claramente diferenciados y jerarquizados estos conceptos—los que se fueron exponiendo—, para que en esos momentos decisivos, en que es depositaria y responsable de la continuidad institucional y material de la patria, alcance a acertar en las instituciones fundamentales.» Sigue una crítica del «comisario político»—engendro lejano de la Revolución francesa, que, al transformar el ejército «realista» en ejército del pueblo, llevó a éste un «representante» del mismo—, cuyo resumen centra este párrafo: «El mando no puede compartirse y menos en la guerra. La coexistencia en las unidades de dos poderes—militar y político—tiene que ser necesariamente una fuente de colisiones y de choques entre ambos.» Así la propia Rusia acaba por suprimirlos, si bien no del todo, pero dejándolos como instructores políticos, subordinados al jefe de la unidad.

Enjuiciando este problema de la formación política con respecto a las particularidades propias del carácter español—el hombre es lo que importa—, concluye su obra el comandante Sintes. De ese final son estos párrafos, que reproduzco a continuación y con los que termino mi trabajo, de cuya longitud, quizá excesiva, culpo al interés de la obra y al afán de hacerlo extensivo a todos aquellos que aun no la conocen:

«El oficial deberá, pues, unir a su misión de instruir técnicamente a su tropa la de elevarla socialmente y la de formarla políticamente, inculcando con sus lecciones y con el ejemplo constante de su vida el sistema de verdades fundamentales y el estilo propicios... » y «para poderla desempeñar a la altura que su responsabilidad exige debe unir en su formación, junto a los más adelantados conocimientos de su técnica militar específica, un sentido social y humano equilibrado y exacto y un conocimiento profundo, claro y jerarquizado, de los valores permanentes de la Cultura».

Juan A. Liaño Huidobro.
Belalcázar, 3.
MADRID.

EL DERECHO FISCAL INTERNACIONAL, UN LIBRO DE SAMPAY, por *Joaquín E. Thomas.*

La aplicación de las leyes fiscales de cada Estado a los bienes, actos y valores que, realizados o siendo propiedad de extranjeros, se hallen situados o tengan lugar dentro del territorio nacional, o en partes sometidas a la jurisdicción de tal Estado, ha suscitado desde antiguo problemas de interés para el jurista: ya los tradicionalmente considerados como precursores de la moderna ciencia del Derecho internacional privado, los glosadores italianos del Medievo, se ocuparon en alguna ocasión de cuestiones semejantes, planteadas por los comerciantes que realizaban operaciones y poseían patrimonios en ciudades regidas por estatutos distintos. Pero la magnitud actual de tales cuestiones es bien diferente: los desplazamientos modernos de capital, las inversiones en el extranjero, la existencia de un capitalismo internacional, perfectamente definido y de enorme importancia en las relaciones, no sólo económicas, sino políticas, entre los diferentes Estados que constituyen la actual comunidad internacional, justifican la constitución de una verdadera y propia rama del Derecho dedicada al estudio de las mismas. Y tal rama habrá de cuidar, si quiere ser fecunda, de mantener en constante unión a la especulación y la práctica. Derecho fiscal internacional y Política fiscal internacional deben ir inseparablemente unidos si se quiere lograr, en su particular terreno, esa realización de la justicia que debe ser objeto de todo orden jurídico.

Por ello, hay que acoger cálidamente obras como la del profesor Sampay, que, sobre contribuir al enriquecimiento del acervo científico de que puede